

## SOBRE DESIERTOS Y SECANOS: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

---

Carlos Forcadell Álvarez  
Universidad de Zaragoza

Una primera constatación es la de que en la comunidad historiográfica nacional española resulta más frecuente, y más viable, reflexionar sobre la evolución y la articulación de la historia social en general, de sus diversas prácticas y concepciones, desde sus orígenes hasta su pretendida crisis, o sobre sus problemas de presente y de futuro, a partir de las tradiciones europeas y norteamericanas, de la británica, francesa y alemana de modo muy particular, que hacerlo dentro del marco de la propia historiografía. La historia de los movimientos sociales en España, o la historia social de la que forma parte y con la que resulta difícil establecer las fronteras, no tendría orígenes, ni crisis, ni hitos de importancia, ni sabríamos sistematizar su desarrollo temático o cronológico. Esta impresión viene reforzada por el hecho de que en las reflexiones indígenas más recientes y solventes la historia social en España sería *un desierto*, que no llega a configurar un objeto de atención en la medida en que es *la historia de una carencia*: no sólo no habría surgido ninguna corriente historiográfica original en lo que va de siglo, ni existen equivalentes españoles de la gran sociología histórica clásica, sino que ni siquiera *existe tampoco un equivalente cercano a lo que en los años veinte y treinta se llamó historia económica y social*. Para otros, más generosos, el territorio de la historia social y de la historia de los movimientos sociales no sería un desierto, sino un *secano* con cosecha más escasa (atraso historiográfico), desordenadamente regado por elaboraciones y modas exteriores, francesas y británicas principalmente<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Es obvio que nos estamos refiriendo a Santos JULIA: *Historia social, sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989, y a Julián CASANOVA: *La historia social y los historiadores*, Ed. Crítica, Barcelona, 1991. Santos Juliá, consecuente con su negación absoluta de la historiografía social española, considera que el capítulo de Casanova sobre *el secano español es perfectamente ocioso* (*El País*, 21 de julio de 1991).

Si se admite esta percepción, y si intentamos eludir tanto la perspectiva de hacer una nómina de carencias y de remedios (de quejas y de predicaciones) como el nivel del análisis o comentario bibliográfico, procurando explicar y razonar lo realmente existente, esto es, las peculiaridades del desarrollo de la historiografía social española y de la elaboración o aplicación de categorías y conceptos historiográficos, ese conocimiento que los universitarios españoles tenemos de las líneas maestras de la historiografía europea unido a la dificultad de comprender las de la propia resulta bastante significativo. Representa en primer lugar la realidad de un perceptible atraso historiográfico, acumulado por la historia y por las condiciones institucionales del pasado tan reciente como largo, del que presumiblemente se está saliendo lentamente. Pero el escaso conocimiento y formalización de la historia de la historiografía general española es significativo también de algo muy característico de nuestro presente como es la extraordinaria distancia que se percibe entre la teoría y la práctica historiográfica. La teoría viene de fuera, de otras historiografías nacionales, y la práctica empírica, la selección de problemas, el abordaje de las fuentes, desde el interior y ofreciendo indudables dificultades de soldadura. Dicho de otro modo, parece existir un desajuste entre las formulaciones teóricas exteriores construidas sobre una cantidad mucho mayor de investigación histórica, y la práctica concreta del investigador en historia nacional o regional española, construida sobre una superficie de terreno más reducida, independientemente de su condición sea la de desierto, la de secano o la de regadío. O explicado con un ejemplo: los profesores y los alumnos de historia pueden conocer, y de hecho conocen, a partir de la teoría histórica y social anglosajona, la problemática de la estructuración social, la relación entre las acciones humanas y las estructuras sociales, e incluso su aplicación para determinados temas de historia del XIX británico, pero unos y otros nos encontramos huérfanos a la hora de adaptarla o confrontarla a la formación social española a fines del ochocientos o durante los años treinta de este siglo. Sólo que la conciencia de esta pobreza y de esta orfandad, y el patente esfuerzo por superarla, es uno de los síntomas más saludables de la actual producción historiográfica española, si nos situamos equilibradamente tan lejos de un infundado optimismo como de un inoperante pesimismo.

Puestos pues a proponer un balance explicativo del desarrollo y de la situación de la historia social y de los movimientos sociales seleccionamos lo que a nuestro juicio serían tres aspectos centrales: el primero sería el de los orígenes, pues también la historiografía española tiene tradición de ser concebida y practicada desde la sociedad, o desde abajo, y no sólo desde el Estado, la política o las acciones individuales; otra cosa es que esta tradición, que hunde sus raíces en el siglo XIX, y hasta en la Ilustración, tenga que ser reconstruida. El segundo factor explicativo lo encontraríamos en el freno y marcha atrás del franquismo, que acabó treinta años más tarde que el fascismo en Italia y en Alemania, y además acabó de otra manera, suficiente para

ilustrar los efectos del medio siglo de atraso acumulado en la configuración de las ciencias sociales en general, aunque esté pendiente un análisis sistemático de la historiografía española durante el período franquista. Y un tercer componente de nuestra argumentación es describir los intentos y esfuerzos de renovación que se desarrollan durante la década de los ochenta, eso sí, desde una dependencia, explicable por lo demás, muy estrecha respecto de los modelos construidos con muchos más elementos por las ciencias sociales, y la historiografía en particular, en Europa y Norteamérica, dependencia que explica por otra parte el que tengamos que remitirnos necesariamente a estas *historiografías avanzadas* para poder comprender los progresos y limitaciones de la propia.

Pero antes de rellenar el programa se hacen necesarias algunas precisiones, pues el concepto de *movimientos sociales*, así como el de *historia social* no son conceptos unívocos y es menester explicitar cómo se usan. Por *movimientos sociales* se entiende, en general, los *intentos colectivos de efectuar cambios en determinadas instituciones sociales o crear un orden totalmente nuevo*, y según el autor de la definición se identificaron hasta la segunda década del XX con los propios de la nueva clase obrera industrial. Por tanto el hecho de que la *historia social* en España surgiera principalmente a partir de la historia del movimiento obrero, como sabemos y como veremos, no es ni excepción ni novedad, aunque algo de las dos cosas tenga la tardía cronología del proceso<sup>2</sup>. El que en España *la historia de los movimientos sociales* y la *Historia Social* surjan con fuerza como alternativa crítica y combativa contra la situación académica e historiográfica del final del franquismo es otro proceso repetido, al igual que en Francia se enarbolara el adjetivo desde los años treinta con carácter belicosamente opositor contra la vieja academia, en Gran Bretaña se definiera entreverando la tradición historiográfica radical y la marxista, o en Alemania procediera del reexamen crítico del pasado alemán, enlazando no menos con otra tradición aplastada por el historicismo y el nazismo que imponía *el concepto de sociedad como lanza antiestatal y como estandarte de exigencias liberales, democráticas y también socialistas de emancipación*<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> La definición es de HEBERLE, autor junto con GUSFIELD de la voz *movimientos sociales* en la «Enciclopedia Internacional de las ciencias sociales», dir. por Sills, Aguilar, Madrid, 1975. Por lo demás, un esfuerzo de definición diferenciadora reconoce que *todo movimiento social tiene implicaciones políticas y obvias correlaciones económicas*.

<sup>3</sup> La cita de KOCKA en *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas*, Ed. Alfa, Barcelona, 1989. Hay más formas de entender y practicar la *historia social*, como reconstrucción impresionista de aspectos del pasado o historia cultural, como historia total fusionada con la historia económica, más atenta a las estructuras que a los acontecimientos...etc., todas ellas procedentes por cierto del tránsito entre el XIX y el XX (*historia de la cultura, del pueblo, de la civilización, de la sociedad...*), bien analizadas en los estudios citados de Juliá y Casanova. La que se identifica más claramente con la *historia de los movimientos sociales*, de la que es raíz, es esa *historia desde abajo*, de las clases bajas, de la protesta social, con una duradera conexión con la Historia Social en general, para lo que el caso español, que es lo que se trata de demostrar, no es ninguna excepción.

Como es sabido la *Historia Social* puede cobijar distintos contenidos, desde concepciones más amplias (Vilar, Hobsbawn...) hasta intentos de formalizaciones más delimitadas (estructuras, procesos, acciones sociales, grupos, clases, sus conflictos o integraciones..., etc.), y puede comprender tantos más aspectos cuantas más ambiciones se depositan en el concepto. Aquí entendemos simplemente que tanto sea concebida como un territorio historiográfico específico, como si lo es como el lugar más legitimado para practicar la historiografía, su núcleo consiste en abordar aquellas mediaciones estructurantes de la realidad histórica más significativas y que, tanto se use uno u otro concepto de historia social, éstas se encuentran en el tipo de relaciones sociales predominantes en una sociedad y en un tiempo concretos. Un concepto y una práctica procedentes principalmente de la historia social marxista británica, de la *neue Sozialgeschichte* alemana, con su insistencia en considerarla como una *ciencia social histórica* (*Geschichte als historische Sozialwissenschaft, kritische* además), y también de la muy colateral vía annalista francesa que va de Labrousse a Vilar o de lo que ha representado en Francia la revista *Le Mouvement Social*. Es este conjunto de influencias, que tienen bastantes elementos en común, lo que más parece haber influido en los historiadores españoles, vía francesa y británica principalmente, tanto entre aquellos historiadores que han hecho historia social sin saberlo, a quienes no les molesta nada que los denominen así en la actualidad, como entre los grupos generacionales más jóvenes, que se autoperiben más como *historiadores sociales*, algo en lo que también tiene algo que ver el reto planteado por la emancipación de la historia económica y por su grado de organización institucional e investigadora<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> La historiografía social británica y la alemana parten de fundamentos teóricos comunes; unos flexibilizan el marxismo, otros lo combinan con una reinterpretación combativa, contra la sociología dominante norteamericana, de la tradición weberiana; no es casualidad que Kocks dedique la primera parte de su libro traducido a relacionar a Marx y a Weber (se ha dicho que los historiadores sociales alemanes utilizan el marxismo como un *Idealtypus* weberiano, que su adopción de esquemas marxistas tiene caracteres típico ideales) y que GIDDENS desde la sociología histórica anglosajona haga lo mismo: *Política y sociología de Max Weber*, Alianza Editorial, Madrid, 1976. Vid. también al respecto Rossi, P.(Ed.): *La teoría della Storiografia oggi*, Mondadori, Milán, 1988, 2.ª ed., y *La Storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*, Mondadori, Milan, 1989, 2.ª ed. Para los alemanes las mediaciones estructurantes de la realidad histórica se construyen mejor desde un planteamiento básico histórico social, independientemente de cómo se lo determine en detalle, vid. Kocka, *Op. cit.*, o la presentación programática de la revista *Geschichte und Gesellschaft* (1975), donde señalan que su objeto es *die Gesellschaft und deren Geschichte, Gesellschaftgeschichte im weiten Sinn, verstanden als die geschichte Soziales, politischer, oekonomischer, soziokultureller und geistiger Phanomenen, die in bestimmten Formationen varankert sind*; Kocka alega en favor de la argumentación histórica contra el retorno a la narrativa y la presencia de la *Alltagsgeschichte* en la RFA (*cálido viento del neohistoricismo en el rostro de la historia de las estructuras y de los procesos teóricamente orientada*); si es necesario habrá que corregir la unilateralidad de la historia de las estructuras, afirma, pero uniendo la historia de las estructuras y de las acciones, de los procesos y de las experiencias.... *Geschichte*

Por otra parte la tradición historiográfica tiene mucho más de continuidades y evoluciones graduales que de rupturas bruscas, a pesar de la abundancia de candidatos a *novatores* a lo largo de este siglo o en la actualidad, presentando claros elementos de cambio gradual y acumulativo en las categorías epistémicas e historiográficas. Viene esto a cuento porque al igual que la historia *tradicional*, o *vieja* historia, prorroga su vigencia en el tiempo mucho más de lo que nos pensamos, la *nueva* historia de la que se reclama por lo general cualquier forma de *historia social* hunde sus raíces en la lejanía del XIX, y muy especialmente en el fin de siglo. Por esta razón parece tarea prioritaria reconstruir tradiciones historiográficas nacionales, a veces formuladas al margen de la Academia, como se ha hecho en Francia (*historia del pueblo, historia socialista*), en Gran Bretaña (*historia radical*), en Alemania (recuerdo y desagravio de Lamprecht), etc. Si es el franquismo el principal factor diferenciador, en las primeras décadas del siglo XX todavía no existía, y la distancia hispánica de la Europa cultural de la época era menor, como lo es ahora y desde las postriimerías de la Dictadura<sup>5</sup>.

Y aun si nos remontamos más lejos en los orígenes encontraríamos no una ruptura sino dos, pues como tal actuó el período fernandino frente a la participación de los ilustrados españoles en la configuración de una ciencia social integrada que hunde sus raíces en la Ilustración, en el Romanticismo y en los afanes por liquidar el Antiguo Régimen. Fontana ha destacado *el impresionante esfuerzo colectivo por ponerse al corriente de las transformaciones intelectuales europeas que se produjo en España en la década*

---

*und Gesellschaft*, n.º 10, 1984, algo parecido a lo que respondía Hobsbawm a Stone. Por otra parte cuando se reivindicán los retornos, a la política, al Estado... etc., se está manifestando una cierta ambición totalizante de los *historiadores sociales*, que practican su disciplina como el lugar más adecuado para organizar la explicación del proceso histórico, dejando aparte el hecho de que quienes han practicado estas acepciones citadas de la historia social no necesitan retornar a ámbitos que nunca han abandonado. En función de esa realidad el libro citado de J. Casanova hace en su último capítulo un repaso al conjunto de la historiografía significativa española, desde Jover y Tuñón hasta ahora.

<sup>5</sup> Los manifiestos y propagandas rupturistas en *Annales*, pero no sólo en *Annales*. Para lo primero COUTEAU-BEGARIE: *Le Phénomène nouvelle histoire. Grandeur et décadence de l'école des Annales*. París, Económica, 1989, 2.ª ed., y DOSSE: *La historia en migajas*. Valencia, EAM, 1988. Las raíces de la *historia social*, además de en el viejo topo del materialismo histórico, en la repercusión de la sociología de Durkheim (Simiand), en el reto exterior de Max Weber, en las fatigas de LAMPRECHT en la academia germana, en los antecedentes recuperados por el grupo Workshop History, etc. Un repaso a las concepciones de los tratadistas condenados al historicismo y al positivismo muestra que sus concepciones no eran tan reduccionistas, ni eran ajenos a la *sociale Wesen* de la historia (de Droysen a Bernheim pasando por Seignobos). Una afirmación paladina de esta idea en J.J. CARRERAS: *Ventura del positivismo* (Málaga, 1991, inédito): *El positivismo, por lo menos metodológicamente, muere, al revés de lo que podría desprenderse de las diatribas febrvianas. en la medida en que él mismo estimula, en definitiva, las nuevas corrientes que han de sucederle...lo que no deja de ser una bella muerte.*

de 1840 a 1850, resaltando la influencia de Guizot en Cortada, apuntando un análisis de las obras de Garrido o Morato hasta llegar a los esfuerzos de Altamira por estudiar el conjunto de la sociedad<sup>6</sup>.

La historiografía española ha tenido sus Hammond y sus Webb, y hasta sus Jaurès, salvando todas las distancias que se quieran, y los ha tenido, como en Europa, en varios terrenos, en el de políticos y publicistas no profesionales de la historia como F. Garrido, del que si se analizan sus obras —no sólo la *Historia de las clases trabajadoras*, sino incluso su *Historia del último Borbón*— se concluye fácilmente que intenta otro tipo de historia, más atenta a los protagonistas colectivos y a las clases bajas, o como Pi y Margall, en el de militantes obreros (Morato, Lorenzo, Mora...)...La atención al movimiento obrero, a las clases populares, a las condiciones de vida de los trabajadores no fue descuidada ni por sus representantes y protagonistas, ni tampoco por observadores no profesionales, destacando la coherencia del interés que despertara desde fines del XIX el mayoritario colectivo de los campesinos desde Costa hasta Bernaldo de Quirós, pasando por Díez del Moral o por figuras menos conocidas como Pazos, Cárdenas...A todos ellos hay que unir buena cantidad de elaboraciones (por recuperar y reinterpretar) del Instituto de Reformas Sociales, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, del Ateneo madrileño, los Buylla, Posada, Uña y Sarthou...<sup>7</sup>

Lo que no tenemos los historiadores españoles es una recuperación historiográfica de estos precedentes y orígenes, manifestándose aquí una distancia comparativa mayor que en otros temas de investigación (campesinado, historia agraria, historia económica...). Una anécdota representativa: el que más y el que menos conoce los estudios sobre el papel de la taberna en las formas de sociabilidad y de configuración de culturas obreras en Londres a fines del XIX, pero casi ninguno nos hemos apercibido de que J. Costa escribe en esa extraordinaria encuesta sociológica que es *Derecho Consuetudinario y Economía Popular en España* sobre la taberna y la cantina, que han

---

<sup>6</sup> J. FONTANA: *La historiografía española del siglo XIX: un siglo de renovación entre dos rupturas*, en S. CASTILLO (coord.): *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas, Siglo XXI*, Madrid, 1991. La conclusión: *Está claro que en el terreno de la «Historia Social» hubo que volver a partir de cero, construyendo el edificio sobre nuevos fundamentos, puesto que en lo que el franquismo había conseguido pleno éxito fue en cortar la relación de la nueva historiografía española con sus raíces de preguerra.*

<sup>7</sup> Angeles BARRIO llama la atención sobre estos aspectos en *A propósito de la historia social del movimiento obrero y los sindicatos*, en «Doce estudios de Historiografía Contemporánea», Univ. de Cantabria, 1991. Muy representativos los libros de UÑA y SARTHOU: *Las Asociaciones obreras en España. Notas para su historia*, Madrid, 1900) y el del registrador de la propiedad Diego PAZOS y GARCIA: *Política social agraria de España, Madrid, 1920* (un vistazo al índice: la fisonomía del campo y el conjunto de la población rural española, la emigración rural, propietarios territoriales y su relación con arrendatarios, colonos y braceros, el proletariado agrícola, antecedentes, organismos y actuación del proletariado en relación con el campo y la política agraria...).

*alcanzado las proporciones de una institución, formando parte del sistema orgánico (consuetudinario) del trabajo en la ciudad, hablando de los jornaleros del campo de Zaragoza.*

Pero estos cimientos no sólo son construidos por militantes, simpatizantes, notarios, registradores de la propiedad y observadores sociales más o menos preocupados, sino también por sectores significativos de la historiografía profesionalizada nacional, singularmente a partir de comienzos del xx. También el regeneracionismo es perceptible en la historiografía profesional, así como su dimensión de proyecto de desarrollo económico, social y cultural de carácter integrador e interclasista, lo cual supone atender desde la historia nacional a esos protagonistas colectivos que se pretende regenerar. Se ha acuñado el concepto de *regeneracionismo de cátedra* aplicado a los profesionales de la historia: Altamira, Ibarra, Ribera, se ha hecho el seguimiento de traducciones e influencias, de viajes (de Altamira a Alemania), analizado la aplicación del concepto de *Historia de la Civilización* con su consideración del sujeto social como agente principal de la historia, han sido evaluadas las relaciones con la naciente sociología española. Un catedrático de provincias como Ibarra elaboraba un *Plan para organizar los estudios de historia social en Aragón (1934)*. Los historiadores españoles se planteaban antes de 1936 cosas como si la historiografía es una ciencia o la importancia de los personajes colectivos en la historia. Desde el *Anuario de Historia del Derecho español*, Sánchez Albornoz, Carande, Valdeavellano, en contacto con las tendencias historiográficas europeas (la Junta de Ampliación de Estudios no era aún el CSIC franquista) daban cabida a la influencia de la historia económica y social annalista francesa... etc.<sup>8</sup>

Sobre este paisaje, escasamente conocido y estudiado<sup>9</sup>, con toda seguridad minusvalorado, la guerra civil introduce una ruptura radical, repartiendo entre el exilio exterior y el exilio interior, al que han de adaptarse coercitivamente todos, a la vanguardia de la historiografía española. La tradición liberal, democrática, republicana, socialista (Ramos Oliveira), en la que habían comenzado a cuajar, o podían hacerlo en el futuro, perspectivas histo-

---

<sup>8</sup> El concepto de *regeneracionismo de cátedra* en PASAMAR y PEIRO: *Historiografía y práctica social en España*, PUZ, Zaragoza, 1987, especialmente el capítulo sobre «Los inicios de la profesionalización historiográfica en España (regeneracionismo y positivismo)». Para ALTAMIRA, *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, 1987, especialmente los artículos de A. Ortí, J. S. Pérez Garzón y J. J. Carreras; aquí P. Vilar cuenta cómo andaba con la *Historia de España y de la civilización española* de Altamira por los campos de concentración de Nuremberg y Polonia. También G. PASAMAR: *La historiografía profesional española en la primera mitad del siglo actual: una tradición liberal truncada*, en Rev. «Geografía, Historia, Arte, Filosofía», Colegio Universitario de Teruel, 1990.

<sup>9</sup> Una excepción, por lo que de sistematización tiene de las aportaciones de los que llama *precursores de los estudios campesinos* es la reconstrucción que lleva a cabo E. SEVILLA GUZMAN con el título de «Sobre el pensamiento social agrario en España» en NEWBY y SEVILLA GUZMAN: *Introducción a la sociología rural*, Madrid, Alianza, 1983.

riográficas insertadas en los grupos y colectividades sociales, fue yugulada. A partir de aquí se abrió un doble camino cuya dirección inversa alejó por bastante tiempo el desarrollo y la renovación historiográficas españolas de las europeas. Mientras en Europa, incluidas Alemania e Italia, se asistía a una explosión de las ciencias sociales, y al consecuente reforzamiento de su impacto sobre las formas de construcción del conocimiento histórico, a un fuerte desarrollo institucional que sustentaba tanto el empuje de las nuevas ciencias sociales como la configuración de una nueva historia, en España se producía una auténtica regresión en la que las masas desaparecían obligadamente tanto de la escena política como de la historiográfica, y con ellas la propia historia contemporánea.

La estructura institucional de la producción y enseñanza de la historia durante el primer franquismo ha sido exhaustivamente estudiada y, lo que es importante, relacionando la función integradora de intereses políticos e ideológicos con las categorías historiográficas utilizadas<sup>10</sup>. Un análisis muy completo hasta 1950, precisamente el año en que Vicens Vives descubre la escuela de Annales en su famosa asistencia al Congreso Internacional de Ciencias Históricas de París, un año antes de la primera forma de conferencia de Jover sobre *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*, una época en la que Carande paseaba su marginación académica o Valdeavellano trabajaba desde la Historia del Derecho; pocas excepciones para la ruptura de una tradición que habría que ir reconstruyendo lentamente.

No es cuestión de repasar la historiografía española hasta hoy, sino de retomar el hilo de la secuencia historia del movimiento obrero —historia de los movimientos sociales— historia social, en los años setenta y en los ochenta, es decir, a caballo de la agonía del franquismo y del asentamiento de la transición política. Esto no significa que la trayectoria hasta el descubrimiento de las virtudes de la *historia social* haya sido un camino por el desierto, pues bien por el contrario hubo benéficos riegos, muy bien canalizados y aprovechados por el espectacular desarrollo de la historia económica en particular, por las investigaciones y debates sobre la transición del antiguo régimen, por la aplicación que Artola llevó a cabo de conceptos e instrumental procedentes de la sociología política, por los encuentros de Pau, por obras que resisten el tiempo y la comparación y que, cuando fueron concebidas para elaborar las *mediaciones estructurantes* más relevantes de un ámbito local o regional, fuera para Andalucía (jornaleros y luchas agrarias), para Valencia (propiedad y relaciones señoriales), para Galicia

---

<sup>10</sup> Nos referimos al libro de G. PASAMAR: *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal*, PUZ, Zaragoza, 1991. También, *La historiografía contemporaneista en la posguerra española: entre el desinterés académico y la instrumentalización política (1939-1950)*, en PEIRO-PASAMAR, *op. cit.*

(pequeño campesinado y foros), para Cataluña...etc. conseguían establecer hitos de importancia en lo que puede ser hoy perfectamente definido como *historia social*, aunque estuvieran más exentas de propaganda que de análisis económico y del esfuerzo de relacionar economía, sociedad y política sobre ámbitos limitados.

Circunscribiéndonos a la historia de los movimientos sociales, y siguiendo aquí la pauta general, aunque más tarde como ya hemos advertido, su matriz se encuentra en los estudios sobre el movimiento obrero que comienzan a proliferar en los años setenta. Es un proceso suficientemente conocido en el que lo que hay que resaltar es que el año 1982 desempeña un papel claro de reflexión y de inflexión: En el verano de 1981 y en el *Homenaje a Tuñón de Lara* en la UIMP se debaten estos temas con intensidad. Alvarez Junco organiza desde el otoño un seminario en la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid con el título de *Cuestiones de metodología: movimiento obrero o movimientos sociales*, y fruto del mismo y de su colaboración con Pérez Ledesma es el famoso manifiesto de la *Revista de Occidente*; del mismo año, 1982, es el n.º 8/9 de la revista *En Teoría* —posteriormente *Zona Abierta*— dedicado a *Aproximaciones al movimiento obrero* (Izard, Santos Juliá), y simultáneamente se celebra bajo el patrocinio de la Institución Alfonso el Magnánimo y del Centro Regional de la UNED de Alzira el llamado primer encuentro de historiadores de los movimientos sociales<sup>11</sup>.

En estos debates, en estas críticas y autocríticas, se mezclaban planos *políticos, historiográficos y metodológicos*. El plano político es el menos significativo, pues no solo la primera y primaria forma de reconstruir el movimiento obrero español era militancia antifranquista, sino que esa condición era compartida por casi todos los sectores renovadores de la historiografía española, dejando aparte el hecho de que militar en determinadas coyunturas en el PCF francés, ser comunista británico o del PSUC no ha significado limitación alguna para la capacidad investigadora de sus autores, o la constatación de que las primeras investigaciones sobre movimiento obrero en Cataluña no eran realizadas precisamente por militantes obreristas. En el plano historiográfico estas investigaciones sobre el movimiento obrero llevaban a cabo una recuperación necesaria de temas y de fuentes primarias, de modo análogo a como pudo realizarse en Alemania o Italia treinta años antes.

La falla más visible se encontraba en el plano teórico y metodológico, cuando se contrastaba con los desarrollos más avanzados de la historiografía social europea (¡ya en los años ochenta!). Por esta razón las reflexiones

---

<sup>11</sup> Los argumentos son los mismos y son suficientemente conocidos, tanto como las referencias bibliográficas. En todo caso tiene el valor de la espontaneidad la reproducción del encuentro de Valencia en el n.º 2/3 de la recién nacida revista *Debats*.

eran tanto más críticas e insatisfechas cuando procedían de historiadores bien conectados con el nivel de problemas de la historiografía europea. El caso más temprano puede ser el de Fusi, que critica en 1975, todavía en vida de Franco, el *sentimentalismo obrerista* de los investigadores españoles, trasponiendo análisis y desarrollos de la madurez historiográfica social británica, a la infancia de la historia social española<sup>12</sup>.

Críticas y autocríticas de hace diez años han desempeñado un papel fundamental para el conocimiento e investigación de la historia social y de los movimientos sociales en España, y tuvieron y tienen el mérito de contribuir a rellenar el foso existente entre las principales historiografías nacionales europeas y la española. Pero el caso español no ha sido tan diferente, ni en desplegar una más compleja y elaborada historia de los movimientos sociales a partir de estudios tradicionales sobre el movimiento obrero, ni el papel de ruptura con la historiografía tradicional e institucional, ni en la funcionalidad política de aquellos estudios, y por último, tampoco en las críticas que cristalizan hacia 1982. Para esas fechas este tipo de críticas y de consideraciones metodológicas son ya un lugar común en la historiografía europea desde que fueran formuladas ya a principios de los sesenta (Labrousse, Kriegel, Haupt, Willard, Hobsbawn, Rude, Thompson...)<sup>13</sup>, desde el momento en que la historia ideológica y política de las organizaciones obreras había sido apurada hasta tales extremos —incluida la recuperación y edición de fuentes primarias— que resultaba elemental pasar a abordar el medio en el que se insertaban estos niveles previos ya suficientemente conocidos, abordar con nuevas fuentes y utillaje el análisis de *la clase*.

Si el proceso de desembocadura en la historia de los movimientos sociales en España ha sido similar, han sido también muy diferentes las condiciones en que se ha desenvuelto, en primer lugar por la cronología, más tardía, y en segundo lugar por el *décalage* que produce aplicar como patrones historiográficos productos de una tradición más larga y asentada en Europa o Norteamérica, a una historia social nacional que ha tenido que reconstruir apresuradamente materiales y a la vez se encuentra en la tesitura de trabajarlos desde modas o corrientes no menos apresuradamente asimiladas, no generadas desde la propia dinámica en cualquier caso. En la historia social española no hay agotamiento de temas ni problemas de crecimiento excesivo. No han pasado ni diez años desde 1982, lo cual es un tiempo muy corto, y los historiadores sociales españoles se ven obligados a avanzar en varias direcciones simultáneamente, siempre con la necesaria y obligada orientación de reducir distancias por relación a las historiografías nacionales euro-

<sup>12</sup> J. P. FUSI: *Política obrera en el País Vasco. 1880-1923*, Madrid, Turner, 1975.

<sup>13</sup> Valga como ejemplo el muy temprano de LABROUSSE: *Le vrai scandale serait toutefois que l'histoire du socialisme ne soit pas en même temps une histoire sociale*, en HAUPT: *La Deuxième Internationale 1889-1914...* París-La Haya, Mouton, 1964.

peas, y con el riesgo de depender excesivamente de la aplicación de modelos e interpretaciones construidas para problemas históricos diferentes, o de adaptar marcos explicativos ausentes en la historiografía española cuando ya comienzan a estar obsoletos o a ser superados en sus ámbitos de origen. En todo caso está muy extendida la sensación de que los frutos de los manifiestos metodológicos del 82, aun existiendo, van por detrás de las exigencias que planteaban, a pesar de que hayan dado y se estén dando pasos de importancia transitando del estudio de los dirigentes y organizaciones obreras al análisis de las bases afiliadas y participantes (*obrero consciente*), al nivel más genérico de la clase, e incluso en dirección a las *clases peligrosas*, y todo ello ampliando el campo de análisis hacia un mejor conocimiento del republicanismo, del carlismo, del populismo, del catolicismo social, de las organizaciones patronales...etc.<sup>14</sup>

Esta situación descrita afecta al propio estatus de la *historia de los movimientos sociales* o de la *historia social* en España y condiciona los intentos por organizar y consolidar una tradición historiográfica de esta orientación. Si bien desde mediados de los setenta comenzaba a imponerse el reclamo muy genérico de *lo social* (*Historia Social de España del siglo XIX*, (y del *XX*, 1972 y 1976), *Metodología para la Historia Social de España* (Tuñón, 1973), etc. Era haciendo historia social o considerándose historiadores sociales como sectores de historiadores comenzaban a responder al reto del fuerte desarrollo institucional e investigador de la historia económica. Estos procesos se desarrollaban en España con el consiguiente retraso respecto a Europa y Estados Unidos. Por otra parte el reclamo era una buena lanza contra la fuerte presencia académica de una historiografía tradicional de escasos vuelos y pedigree franquista. Paradigmáticamente, en 1977, la vieja *Revista del Trabajo* se convertía en *Estudios de Historia Social*, y reaccionaba en su presentación contra una historiografía dominante que *ha permanecido inmune a las transformaciones* del conocimiento histórico. Las declaraciones de intenciones eran muy coherentes con los anteriores orígenes de la historia social en la historiografía europea, y ya avisaba, junto con el propósito de crear un Centro de documentación sobre historia de los movimientos sociales en los últimos dos siglos, de que la revista daría cabida a *trabajos que supongan aportación positiva a nivel historiográfico, aunque no se refieran especialmente a nuestra historia social*. Se parte de la historia del movimiento obrero, se da el salto a la historia de los movimientos sociales, y se identifica una concepción más amplia de *historia social* con historiografía renovadora. Y así es en la práctica si analizamos el

<sup>14</sup> Van siendo más frecuentes las reflexiones sobre la evolución de la historia de los movimientos sociales durante los diez últimos años: junto con la de A. BARRIO, ya citada, vid. G.A. PÉREZ SÁNCHEZ: *Situación y perspectivas de la historia social en España*, comunicación al congreso de la AHS, Zaragoza, 1990; PÉREZ LEDESMA: *Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología*. «Studia Historica», Vol. VI-VII, 1990.

contenido de los números de la revista: materiales y fuentes tradicionales para la historia del movimiento obrero, estudios regionalizados sobre movimiento obrero en Cataluña, Bejar, Vizcaya, monográficos sobre la fundación del PSOE, el Primero de Mayo, Octubre del 34 o el Frente Popular, pero también atención al catolicismo social, las patronales, el pauperismo, beneficencia, epidemias, pobreza, mendicidad, asistencia hospitalaria, reformismo y asistencia social, y aun a la Psiquiatría en España, Freud, estudios sobre la familia o los nacionalismos en la España de la Restauración.

En 1982 nace la revista valenciana *Debats*, con la pretensión programática de albergar, entre otros contenidos, un *debate crítico para tener un conocimiento más preciso de los fenómenos y movimientos sociales que se producen en el País Valenciano en su contexto nacional e internacional; su sección historia abierta* tiene puentes efectivos con debates historiográficos europeos (traducciones) y pretende dar a conocer *las nuevas corrientes metodológicas que desde hace algunos años han transformado la temática historiográfica, incorporando nuevos protagonistas al análisis historiográfico*. En su segunda entrega reproduce el primer encuentro de historiadores de los movimientos sociales a que hemos hecho referencia, que es otro auténtico programa de investigación a corto y medio plazo para ampliar el campo de estudio a los movimientos populares, republicanos, nacionalistas, a los *movimientos obreros de derechas*, o a la vinculación de sectores obreros y populares a ideologías conservadoras (programa que se ha ido cumpliendo parcialmente en la última década). Trató aquella reunión prioritariamente sobre las relaciones entre historia del movimiento obrero, historia de los movimientos sociales e historia social, y una de las demostraciones más contundentes de que la historia social española surge en determinados ámbitos como oposición a la historiografía dominante y como historia de los trabajadores y de las clases subordinadas (al igual que en Gran Bretaña o en Alemania), era el testimonio personal de Termes para quien *cuando hacia el año 56 empecé a trabajar sobre estos temas los lle voluntariamente: una historia social entendida como una historia de la sociedad y una historia obrera. Y lo hice por dificultades obvias, pues historia social era la manera camuflada de hablar de historia obrera o del movimiento obrero para eludir la censura*.

La continuidad de este proceso se hace evidente cuando llegamos hoy a una fase más avanzada de emancipación o institucionalización de la historia social española. Tras una nueva reunión en Valencia de *historiadores dedicados al estudio de los movimientos sociales en España* (1987) se publica el primer número (1988) de la revista *Historia Social*, foro de encuentro, presentación y debate sobre teoría e investigaciones empíricas (en 1983 había nacido la *Revista de Historia Económica*), y en 1989 inicia su andadura española una *Asociación de Historia Social* (desde 1972 existía la Asociación de Historia Económica). La división del trabajo ha llegado también a la historiografía española, con las ventajas y los problemas que ello comporta

para una historia que, para muchos, antes que económica, social o política, es simplemente historia. La revista *Historia Social* cumple también el tránsito desde sus primeros números, en los que se abordan los temas más clásicos y germinales de la historia de los movimientos sociales, análisis del anarquismo, sindicalismo, socialismo, republicanismo, catolicismo social, populismo, dossieres que proceden del encuentro fundacional, a otros temas propios y específicos de una práctica historiográfica social más amplia: antropología, cultura popular, lenguaje, criminalidad, pauperismo, historia de las mujeres e historia del género. Pero la matriz sigue estando clara, al igual que seguirán patentes las tensiones y la coexistencia entre las tres maneras básicas de entender el territorio de la historia social: historia de las clases bajas o de colectivos, estructuras y procesos sociales, reconstrucción impresionista del pasado, ambición totalizante de explicar el proceso histórico desde el lugar más adecuado y legitimado, la sociedad.

La vía de desarrollo de la historia social en nuestro país ha de llevar a la construcción de marcos teóricos, interpretativos y explicativos propios, para lo cual es ineludible conocer los fabricados en otras partes, pero también adaptarlos, corregirlos o sustituirlos. Pues la dependencia de un modelo, o de una moda, puede ser perjudicial, tanto si el modelo es viejo como si es el último del mercado. Parece razonable afirmar que uno de los territorios clásicos de la historia social y de la historia de los movimientos sociales donde más y más organizadamente ha avanzado la investigación es en el análisis del campesinado español: sociología rural, historia social, historia agraria, historia económica, se dan la mano en el conocimiento y el trabajo de unos temas para los que nadie puede vindicar la condición ni de desierto ni de seco. Y es éste un ámbito en el que se están construyendo marcos interpretativos y teóricos propios, tanto más eficaces cuanto más se alejan de los iniciales modelos británicos, contruidos sobre realidades distintas. Porque si parece razonable entender que la tarea del historiador consiste en *reconstruir las relaciones entre las diferentes partes o dimensiones de los fenómenos del pasado, o, en otras palabras, revelar sus estructuras cambiantes* (Casanova, 148), la atención a la realidad histórica contemporánea española, es decir, a la predominancia de unas *relaciones sociales agrarias* en la mayor parte del tiempo y del espacio, permite avanzar por caminos propios. Y no es que no hayan faltado en este terreno deformaciones y mecánicas aplicaciones de otras realidades históricas, pues a mediados de los setenta, podíamos leer y compartir cosas como que *la expropiación del campesinado acompañó a un proceso rápido de proletarización: en 1860 se contaban ya cerca de dos millones y medio de obreros agrícolas...la proletarización del campesinado resultó un factor de estancamiento* (Maluquer, 1977), cuando la costosa y esforzada investigación de muchos grupos de trabajo ha ido comprobando que, contra la teoría (penetración del capitalismo en el campo acompañada necesariamente de un proceso de proletarización generalizado), la difusión de la propiedad y del pequeño campesinado propieta-

rio, no sólo en el norte y en Castilla, sino en Valencia, y en Cataluña, y hasta en la Alta Andalucía va resultando tanto más evidente cuanto más avanza la investigación. Ese pequeño productor campesino, *huérfano de discurso político* (Sevilla Guzmán), *invisible socialmente* (Newby) es el tipo más característico del paisaje social español, y su reconstrucción está planteando suficientes problemas como para reinterpretar y profundizar aspectos generales del pasado español más reciente.

Y recurrimos al ejemplo del campesinado porque los correctivos que ha merecido y está mereciendo la imagen del trabajador industrial y urbano español importada de las historiografías de los países más y más tempranamente desarrollados nos resultan más conocidos y familiares. Con la *chatarra obrera preindustrial* (Sierra Álvarez, 1990), es decir, con campesinos y trabajadores de oficios, se construye la primera clase obrera española, sólo que cien años más tarde que en Gran Bretaña, a partir de 1900/10 como *clase nacional*, con referentes organizativos, políticos, ideológicos y culturales más homogéneos<sup>15</sup>. El sustituir una perspectiva política por una perspectiva sindical sí que puede dar frutos en este terreno, pues entre 1915 y 1920 en España se afilian a los sindicatos de clase más de un millón de trabajadores, y es ésta nuestra primera clase obrera, nuestra auténtica *formación de la clase obrera*, una clase trabajadora cuya centralidad en el proceso histórico hasta la guerra civil nadie discute, como nadie discute su enorme hegemonía sobre los partidos y las organizaciones políticas y la trascendencia de este factor. Aquí sí que la historia social británica, muy focalizada sobre las transformaciones sociales de la primera industrialización desde fines del XVIII, ofrece marcos teóricos adaptables, desde el de la primera respuesta sindical de la primera clase obrera, hasta el de la comprobación de que la *conciencia revolucionaria* (comportamientos radicales no integrados políticamente) se maximiza notablemente en el momento de la transición desde la producción agrícola a pequeña escala a la producción industrial<sup>16</sup>. La no integración de las clases populares y trabajadoras no es el resultado de la maduración del capitalismo, sino de los primeros momentos de transición a la sociedad industrial. Teoría no falta, faltan más investigaciones concretas, recogida de material empírico, síntesis de trabajos sectoriales, generalizaciones...

Aunque no era nuestro propósito insistir en carencias ni proponer hermosos programas, predicar lo que hay que hacer en definitiva, sí que interesa resaltar una ausencia en esa desordenada asimilación de corrientes y tenden-

---

<sup>15</sup> J. MALUQUER: *El socialismo en España 1833-1868*. Barcelona, Crítica, 1977; J. SIERRA ÁLVAREZ: *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias 1860-1917)*, Madrid, Siglo XXI, 1990. Santos JULIA y ÁLVAREZ JUNCO califican como gran ausente de la historiografía contemporánea española la *formación de clases sociales... los temas de la formación del estado nacional sobre el fundamento de clases nacionales...*, «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en historia contemporánea», UIMP, 1988.

<sup>16</sup> Vg. A. GIDDENS: *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, 1989, esp. cap. 6, «Replanteamiento de la teoría de las clases», pp. 113 ss.

cias exteriores, y es la de una mayor recepción en España de la historia social alemana. Y ello por varias razones: porque está construida a partir de una investigación estrictamente contemporaneista, desde la fundación del imperio hasta el nazismo, entre 1870 y 1940, porque no está desprendida de la economía ni de la política, porque surgió superando una historiografía académica muy tradicional y conservadora, porque se ha planteado como territorio de análisis preferente el de la capacidad que la gran propiedad agraria y los sectores avanzados del capitalismo han tenido para integrar en un proyecto nacional popular a sectores muy significativos de pequeños y medios propietarios agrarios, de capas medias urbanas, porque, como escribe Kocka, *quien no quiera hablar de tradiciones preindustriales, precapitalistas, preburguesas, también deberá callar sobre fascismo*, porque sus obras más representativas tratan sobre las organizaciones de intereses, más que sobre partidos políticos y elecciones; Puhle estudiaba los movimientos y organizaciones políticas agrarias, Winkler las clases medias, Kocka a los empleados...<sup>17</sup>; patronos, empleados, clases, transformación de las relaciones entre las mismas, de las de su conjunto con el estado son los objetos principales de análisis con los que se ha edificado la *neue Sozialgeschichte* germana. La historiografía contemporaneista italiana tiene muy en cuenta esta tradición historiográfica. Los objetivos del grupo de *Geschichte und Gesellschaft* no han sido otros que explicar las raíces del *Sonderweg* hacia el fascismo desde el corazón de la estructura social de la Alemania guillermina, como el de la historia social española, en buena parte, será explicar la guerra civil y el franquismo desde el corazón de la estructura social de la España de la Restauración. La historiografía social española depende en sus marcos teóricos, ambiciones y propósitos demasiado unilateralmente de la británica, sin que se haya percibido ningún tipo de recepción de la historia social alemana; hay que desear que no comiencen a difundirse y asumirse como última novedad las críticas que ya florecen en Alemania contra el hegemónico grupo de Bielefeld, antes de haber conocido y de haber intentado adaptar sus aportaciones.

La historia social en España, la historia de los movimientos sociales, está en esa esquizofrénica situación, pendiente a la vez de las últimas novedades y desarrollos y consciente de los huecos y distancias fabricadas por la larga ruptura del franquismo. Sólo que la conciencia de esto es lo que permite avanzar y programar con realismo. Ni desierto, ni siquiera seco, cultivos desiguales que en cualquier caso han producido más frutos en España de los que haya podido producir la sociología histórica, que no ha producido ninguno, una sociología histórica para la que algunos reservarían la

---

<sup>17</sup> PUHLE, H. J.: *Politische Agrarbewegungen in kapitalistischen Industriegesellschaft. Deutschland, USA und Frankreich im 20 Jahrhundert*, Vandenhoeck-Ruprecht, Göttingen, 1975; WINCKLER: *Mittelstand, Demokratie und Nationalsozialismus*, 1972; KOCKA: *Die Angestellten in deutschen Geschichte 1850-1980*, Göttingen, 1981...

explicación de las regularidades causales, mientras que al historiador social le quedaria la tarea de explicar cómo ocurrió tal proceso, cuál fue la acción que transformó en un hecho histórico la posibilidad objetiva, división del trabajo que es bastante vieja, como de los tiempos de Durkheim, matrimonio de conveniencia que no aceptarían historiadores sociales británicos o alemanes<sup>18</sup>. La antropología ofrece a la historia otro matrimonio más peligroso, porque no es de conveniencia, sino por amor, con la pretensión de que desaparezca y se fusione el objeto (la historia), pero ese peligro todavía no está en nuestro horizonte, y además es otro tema<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> PARAMIO, L.: *Defensa e ilustración de la sociología histórica*, «Zona Abierta», 38, 1986. Santos JULIA: *Historia social/Sociología histórica*, p. 83.

<sup>19</sup> Las metáforas matrimoniales de J.J. CARRERAS *La historia hoy: acosada y seducida*, artículo pendiente de publicación, 1991.